



## EL 20-N O EL AZAR EN LA HISTORIA\*

**Vicente Sánchez-Biosca**

Universitat de València

I

En la madrugada del día 20 de noviembre caía bajo las balas de un pelotón de fusilamiento en la prisión de Alicante el que fuera fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera. Ese mismo día, entre la confusión de un frente de Madrid descarnado a cuya defensa desesperada había acudido con su columna, sucumbía, alcanzado por un disparo de procedencia misteriosa y en circunstancias todavía no esclarecidas, Buenaventura Durruti, el mítico libertario que hizo de Bujaraloz el paradójico espacio de una utopía.

José Antonio y Durruti representaban a las dos Españas y habían agitado hasta límites insospechados el clima de enfrentamiento que desembocó en lucha armada, pero ni uno ni otro fueron el epítome de la guerra una vez se formaron los frentes: José Antonio no pudo participar en la misma porque se hallaba encarcelado desde la primavera de 1936 y, además, su ideario quedó en manos de otros que ocultaron cuidadosamente su muerte hasta noviembre de 1938, rentabilizándola para sus propios fines;

---

\* El presente texto ha sido concebido en el marco de un proyecto I + D del Ministerio de Educación y Ciencia español titulado «Función de la imagen mecánica en la memoria de la Guerra Civil Española» (HUM2005-020010/ARTE).

Durruti no pudo asistir a los grandes debates del anarquismo durante la contienda (aunque fue quizá el primero en pronunciarse sobre la prioridad de ganar la guerra) ni menos sufrir la persecución comunista, pues cuando abandonó este mundo cuatro de sus correligionarios formaban parte del gobierno de Largo Caballero en calidad de ministros y su figura fue ensalzada por las plumas de distinguidos comunistas. José Antonio y Durruti representaron proyectos extremos, utópicos, extraña y diversamente autóctonos, y, una vez desaparecidos físicamente, circularon en relatos, leyendas, símbolos, transformándose en baluartes de sendas causas.

Los nombres, los cadáveres, los relatos, las imágenes de José Antonio y Durruti perduraron durante décadas cuando las cenizas de los campos de batalla se habían convertido hacia tiempo en frágil recuerdo. Desearía fijar mi atención en el umbral de su desaparición, cuando, con la muerte a cuestas, los protagonistas se convierten de sujetos en objetos de la historia. Sus cuerpos todavía están, sin embargo, calientes, presentes, y son sometidos a los primeros rituales sociales, políticos, ideológicos, mitográficos, que los sobrevivirán. El primero de ellos, que curiosamente comparten, es atravesar la geografía nacional. Es fama que el cadáver del Cid ganaba batallas. Así parece haber sucedido con estos dos líderes, tan distintos entre sí.

El ceremonial está constituido por dos entierros, separados por tres años (sic.), en los que la voz del difunto (agitador, ideólogo u hombre de acción) es entonada por otros y sus destellos devienen en espectáculo y escenografía. Se diría que la representación orquestada por ambos bandos sobre sus respectivas muertes constituye la primera piedra de mitos perdurables. Bajo el signo del dolor, emerge la fuerza del héroe incomprensible e inverosímilmente pasivo.

Despliegue de imágenes, atmósfera de duelo, relato de una vida soldada a la Historia, perentoria necesidad de júbilo, rechazo a ser anegado por el océano de la melancolía. Una palabra polisémica condensa todo esto: fervor. En estos dos entierros la presión es máxima, la dialéctica entre

acción y pasión agudísima y la perentoria instrumentalización sucede en el ámbito escenográfico. Veámoslo, pues, con el auxilio de ese soporte –el cine– en el que la imagen se une a la palabra, ésta al ritmo y el ritmo, a su vez, al documento veraz, pero a su vez equívoco.

## II

A las cuatro horas del día 20 de noviembre, en la habitación número 15 del Hotel Ritz de Madrid (la guerra de España está repleta de sorpresas) fallecía Buenaventura Durruti. A las ocho de la mañana, el escultor Victoriano Macho lo visitaba para fabricar su mascarilla mortuoria. Las fotos, los carteles, las conmemoraciones no cesarían, mas esto sucedió más tarde. Su cuerpo debía retornar a la ciudad en la que realizó sus heroicidades y también sus fechorías de legendario bandolero contra el capitalismo, pues ¿no hay en el mito de Durruti un eco, y no tan lejano, del bandolero generoso? Fue llevado a Valencia, a la sazón refugio reciente de un gobierno republicano confundido, y de allí transportado a Barcelona, siendo siempre –así lo refieren los testigos– homenajeado a su paso por numerosos pueblos. El 23 de noviembre el cortejo abandonó la Casa de la CNT, sita en la Vía Layetana, y en olor de multitud, atravesó la Plaza de Cataluña, las Ramblas, el monumento a Colón hasta ser enterrado en Montjuic. El 20 de noviembre de 1938, se había de inaugurar un mausoleo dedicado a él y sus más íntimos compañeros que las tropas franquistas dismantelaron parcialmente al tomar Barcelona.<sup>1</sup>

El material testimonial, literario, cartelístico, fotográfico y plástico es imponente. Pero tal vez baste este somero resumen para atisbar la dimensión de leyenda que el líder adquirió en tan escaso tiempo o sería

<sup>1</sup> Véase, entre la abundante documentación, el cuidadoso relato de Abel Paz en *Durruti en la Revolución Española*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1996, especialmente los capítulos «Durruti mata a Durruti» y «El entierro de Durruti». También el mosaico de testimonios recogidos por Hans Magnus Enzensberger en *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Barcelona, Anagrama, 1998 (original alemán de 1972), en especial el capítulo titulado «Séptimo comentario. El héroe».

más exacto decir que catapultó al infinito una biografía que ya había sido elevada a la condición de mito en vida.

Mas ¿quién era exacta, es decir, simbólicamente Durruti en noviembre de 1936 en el tejido de la República asediada, en el corazón de la revolución social, dividida entre el debate político y el incipiente esfuerzo militar? Y, por tanto, legítima o ilegítimamente (dejemos la respuesta para los militantes de cualquier signo), ¿quién lloró públicamente su muerte?

"Con Durruti —dijo Albert Meltzer— desaparecía la única figura del movimiento anarquista cuyo prestigio habría bastado para contrarrestar la creciente influencia de los comunistas".<sup>2</sup> Acaso sea cierto, pero esto, quizá incipiente, se ignoraba todavía. Es una reflexión a todas luces anacrónica. Mijail Koltzov, Roman Karmén, Lluís Companys, Jaume Miravittles, García Oliver, y tantos otros, desde credos tan dispares como el comunismo estalinista, el nacionalismo catalán, la tradición anarquista orgullosa de su recentísimo pasado terrorista, lo reivindicaron. ¿Quién podría fantasear algo semejante apenas seis meses más tarde, en la sangrienta primavera de 1937 que cristalizó en los hechos de mayo y en la salida definitiva de los ministros anarquistas? Durruti se nos presenta, así, como una encrucijada histórica, un nombre repleto de enigmas, ciertamente factuales (¿quién le dio muerte y por qué?, caso de que no se tratara de un mero accidente), pero sobre todo simbólicos. La fragua en la que se forjó como líder se hallaba al rojo vivo. Mas líder ¿de qué?, ¿del antifascismo?, ¿de la revolución social?, ¿de todo junto? Bujaraloz y el corto verano de la anarquía, las colectivizaciones, la interrupción de la organización social de la retaguardia ante los imperativos bélicos, la revolución obrera barcelonesa, la generosa defensa de Madrid, los posibles acuerdos con los comunistas, los roces con los (paradójicos) 'amigos de Durruti'... un *totum revolutum* que seduce a la par que confunde al historiador de la cultura y que forma cuerpo, en y por su inextricabilidad, con esa paradójica e insólita decisión cenetista de participar en un gobierno.

<sup>2</sup> Recogido en *El corto verano de la anarquía*, o.c., pág. 250.

## III

Decenas de relatos refieren el entierro de Durruti en Barcelona. Escojo uno de ellos porque viene de la pluma de un extranjero en quien la fascinación y la extrañeza agudizan a la par mirada y palabra:

«Bien se veía que la bala que había matado a Durruti había alcanzado de lleno el corazón de Barcelona. Se calcula que una cuarta o quinta parte de sus habitantes marchó tras el féretro, sin contar las masas que rodeaban las calles, se encaramaban a las ventanas, trepaban a los tejados o incluso a los árboles de las Ramblas. Los partidos y los sindicatos de todas las tendencias habían convocado a sus miembros y las banderas de todas las organizaciones antifascistas ondeaban junto a las de los anarquistas por encima de esta marea humana. Era grandioso, sublime y extravagante. Pues toda esta muchedumbre no estaba dirigida; no había orden ni organización. Nada funcionaba, el caos era indescriptible.

«El entierro había sido fijado a las diez. Una hora antes, era ya imposible acceder a la sede del Comité Regional Anarquista. A nadie se le había ocurrido despejar el camino para la comitiva. Por todas partes, llegaban grupos de las fábricas, que se entrecruzaron y se cortaron el paso. En el centro, el destacamento de caballería y la tropa motorizada que debían preceder al féretro estaban bloqueados y no podían ni avanzar ni retroceder. A duras penas pudieron alcanzar el ataúd los ministros.

«A las diez y media, Durruti, cubierto con una bandera rojinegra, abandonó la casa de los anarquistas a hombros de los milicianos de su Columna. Las masas alzaron el puño como último saludo. Entonaron el canto anarquista *Hijos del pueblo*. Fue un momento emocionante. Pero, por inadvertencia, había dos bandas de música: una tocaba bajo, la otra *fortissimo*, y no lograron mantener la misma cadencia. Las motos hacían ruido, los automóviles hacían

